Prólogo

- Sofía, despierta-. Inma zarandeaba a su nieta con sumo cuidado, como hacía de lunes a viernes desde los tres años. Entre las sábanas de algodón y flores violetas, Sofía deambulaba entre el sueño y la vigilia, rogando a su abuela que la dejara dormir cinco minutos más.

- Te espero abajo-, arguyó Inma

Una larga y escurridiza sombra perseguía a Sofía entre los sinuosos senderos del Monte Cascado. Se llamaba así por las enormes rocas en forma de cascada que tenía y unas pintas azules que caían por sus laderas. Sofía corría por los estrechos caminos. Una rama larga y puntiaguda alcanzó su rostro, lanzando un alarido que hizo volar a todos los pájaros que había alrededor. Se palpó la cara con su gélida mano derecha, que por otra parte era su estado natural, y sintió un contraste de frío y calor al rozar con los dedos índice y corazón la sangre que le recorría la piel. En la penumbra, ese alguien la atrapó por fin. Su abuela tenía razón. Era mejor despertar, aunque no sabía qué pesadillas eran más tétricas, si las que vivía a diario o las que sufría ocasionalmente cuando se iba a la cama.

-Las ocho y veinte, exclamó Sofía para sí, mientras se incorporaba apesadumbrada. Bajó despacio las escaleras, como si se deleitara pasando por ellas, pero no era precisamente deleite lo que sentía. Sentía angustia, mucha angustia. Notaba el mismo sabor amargo que en la pesadilla. Pero, esta vez era real. Un nudo en la garganta le impedía tragar, y tenía la sensación de que sus flacas piernas le iban a fallar en cualquier momento. Su cuerpo estaba débil, no cabía duda. Era sabio. Esa sensación, no era nada nueva para él, la había experimentado cientos de veces. Los recuerdos llenaban su mente. Uno tras otro se sucedían sin cesar.

- Me duele mucho el estómago, quiero vomitar-, dijo a su abuela mientras cruzaba el umbral de la puerta de la cocina.

- Intenta relajarte, respira hondo, y ya verás como se te pasa. ¿Te preparo una infusión?

- Soy incapaz de tomar nada ahora.

- ¿Cómo vas a irte sin desayunar? Te vas a desmayar a mitad de mañana- Sofía nunca desayunaba. Al despertar no conseguía probar bocado, su estómago parecía pegado. Las náuseas la recorrían de arriba a abajo. Después de diez años ya estaba acostumbrada. No desayunar no era el problema, sino la consecuencia.

- No quiero ir, imploró a Inma-. Déjame quedarme en casa, por favor.